

habitar mérida, un reto urgente e impostergable

meridalba muñoz bravo*

*Profesora Facultad de Arquitectura y Diseño. ULA, Mérida Venezuela



Talud del Albarregas Mérida, Venezuela. Fotografía Jesús Rojas

Habitar es más que sólo vivir, más que sólo ocupar; es ampararse, cobijarse, anidar; es morar. Habitar la ciudad es vivir en alianza; es una sociedad, un vínculo en el que asumimos nuestro rol como seres políticos, como habitantes, como hijos de la urbe. Por tanto, habitar es un acto de confianza, de entrega, de compromiso; implica conocer y reconocer, es identificarse, sentirse parte del lugar en que residimos y por tanto parte de un colectivo con el cual vivimos. Cabría preguntarse si los merideños habitamos nuestra ciudad. 450 años de historia acaba de cumplir la augusta Mérida de Venezuela, y su realidad material y el carácter de las celebraciones organizadas para la ocasión, nos hacen pensar en un amor bastante menos significativo y sólido del que solemos pregonar.

Cierto es que en nuestro contexto la ciudad ha padecido, además de un agudo maltrato y menosprecio, una urbanofobia inoculada desde numerosos discursos literarios, radicales discursos ambientalistas hasta los propios instrumentos de regulación urbana, que parten de la premisa de que el urbano

es por principio un entorno degradado. Por el contrario, creemos firmemente que la ciudad es una de las más extraordinarias creaciones humanas, y aunque su expresión material contemporánea nos conduzca a verla como degradada, es innegable que en diálogo con el entorno circundante –su paisaje natural- y “experimentada” por parte de sus habitantes, se constituye en el más estimulante escenario de significaciones para el hombre dispuesto a vivir en relación con sus semejantes. En ella se conjugan lo material con humanos sentimientos y hasta designios divinos, configurando escenarios cargados de significados y simbolismo. Mérida, como todas las ciudades, tiene un carácter, que adquiere por nuestra interrelación con sus espacios –lo que nos hablaría de tantos caracteres como número de individuos en relación con ella-, pero también, y esto parece irrefutable, dado el entusiasmo que aún despierta en quienes la conocen, Mérida posee un genio, un espíritu del lugar que la habita antes y más allá de nuestra interacción con ella. Febres Cordero nos hablaba de Caribay, el genio de los bosques aromáticos, hija de

Zuhé y Chía –Sol y Luna respectivamente-, india mitológica de los Andes que activa con su energía al paisaje; y es que el paisaje en Mérida ha sido y sigue siendo, por encima de ella misma, su elemento distintivo y reconocible por excelencia. Suerte de axis-mundi local, en el que se conjugan la horizontalidad definida por la topografía de su meseta y sus poderosos ríos, y la verticalidad de la imponente Sierra Nevada que nos seduce por su majestad y belleza.

Afortunadamente, la contundencia de este paisaje se impone a cualquier construcción humana, y decimos afortunadamente por la insatisfactoria experiencia que supone hoy vivir Mérida como ciudad. El efecto narcótico de la rutina, sumado a la insensibilidad cultivada a fuerza de omisiones, urgencias temporales, improvisaciones y provisionalidades, egoísmos y hedonismos políticos, individualismo, tiranías automovilísticas, ignorancia y reinados del mal gusto, han convertido a nuestra otrora modesta pero armónica ciudad, en una suma de sinsentidos, de contradicciones y desiertos materiales, de



los que parecieran no ser conscientes muchos merideños y de los que todos, en mayor o menor medida, somos responsables.

La imagen de Mérida como un todo, aunque los incluye, está más allá de la individual de cada uno de sus espacios, edificios, mobiliarios urbanos; no obstante, todos ellos participan en su construcción, por lo tanto, lo que hagamos en y con ellos transformará irremediablemente su imagen y nuestra percepción general de la ciudad.

Cuando con motivo de la reciente celebración de los 450 años consultaba a estudiantes, colegas profesores y personas comunes de la ciudad acerca de sus impresiones sobre Mérida, la mayoría señalaba como sus principales atractivos el entorno natural, su clima y sus pueblitos aledaños, lo que es, por cierto, distinto de lo específicamente urbano, debí reconocer que la ciudad es ella con el espacio en el que se encuentra sembrada. Pero como la ciudad es también su materialidad y sobre esto pesaba un silencio revelador, sin querer desencantar a los enamorados de Mérida los invité al ejercicio de transitar mentalmente los recorridos que diariamente cumplimos en medio del ajetreo y la urgencia que nos impide percibir detalles. El resultado fue cuando menos lamentable. Pocos o ninguno de los espacios y edificaciones así "transitados" despertaron entusiasmo; la ciudad resultaba insustancial, desabrida, inexpressiva, aburrida, "equis" en el argot juvenil, sin atractivos, carente de "lugares".



Res. El Rodeo, Mérida, Venezuela. Fotografía Jesús Rojas



ante imposterga - urgente e imposterga.
gente e imposterga
e

urgente e impostergable

Como cuando de enfermedades se trata, tenemos que identificar para corregirlos los principales problemas que la aquejan y la hacen por tanto hostil, inarmónica y muy distante del sentido de "lugar" que adquiriría si en ella y sus espacios el habitante experimentara "significados", como señala Norberg Schulz (1983: 223-29). Inseguridad, ausencia de espacio público, fragmentación, desarticulación, pobreza material, pobreza estilística, desventilar, tradición mal entendida, son algunos de sus problemas más evidentes.

Se nos dificulta vivir la ciudad porque no disponemos de espacios apropiados: plazas que se son realmente tales, propicias para la interacción social política y cultural. Las recientemente renovadas plazas de la ciudad siguen careciendo de espacios para el encuentro; son jardines hermosamente plantados, pero plazas incoherentemente cargadas para su uso. Su rehabilitación es una oportunidad de dotarla de los equipamientos para el mejor y más intenso disfrute. ¿Por qué no se contemplan, por ejemplo, parques infantiles, columpios, mesas de ajedrez, más áreas duras? Al problema de las plazas se suma la ausencia de aceras, bulevares y circuitos peatonales que nos permitan recorrer la ciudad a una velocidad y en condiciones propicias para sentirla, para percibirla, para gozarla. Incluso la dimensión espacio-tiempo del recorri-

do en automóvil, que se convirtió en uno de los mayores estimulantes a partir de la década de los sesenta y es distintivo de la manera de vivir la ciudad contemporánea, tampoco es factible de ser disfrutada en nuestra ciudad, pues las vías originalmente expresadas devinieron vías colectoras, y la velocidad sucumbió a los atascos y las vías colapsadas.

La sumatoria de fragmentos, la colcha de retazos deshilvanada que se ha conformado por las urbanizaciones y desarrollos privados sin solución de continuidad... Burbuja presumida pero temerosa; urbanizaciones y casas fortalezas, o mejor cárceles, que van convirtiendo las arterias principales en correditos de vehículos, y las calles de dichos desarrollos en desoladas tiras de asfalto, desiertas por expresa voluntad de sus propietarios y por negligencia de las autoridades.

¿Por qué no entretrejer dichos desarrollos para propiciar la integración de la ciudad?

Segregación funcional, contraria al más antiguo y exitoso modo urbano de los espacios mixtos, convirtiendo muchas zonas de la ciudad en áreas desoladas —muertas— a ciertas horas del día. Además de ello, dicha segregación agudizada por la ausencia de un eficiente sistema de transporte público

1. Un documento de 1982 referido a los sistemas ambientales venezolanos, dice textualmente: "El medio ambiente urbano deberá ser considerado básicamente como un medio degradado, especialmente a nivel de las grandes ciudades" (VV.AA., 1982: 34). El discurso parece haberse suavizado un poco, pero el empeño por la desconcentración urbana sigue latente en cada discurso político desde mediados del siglo XX.

2. La literatura antigua habla indefectiblemente de esta estrecha relación entre lo divino y lo humano en la fundación de las ciudades, y autores como Rykwert (1985) lo rescatan.

3. Como explicara Norberg Schütz (1980), el genio del lugar determina el carácter de cada ciudad.

aún no ha satisfecho el mínimo de expectativas- nos obliga a hacer uso del vehículo particular para acceder a los servicios requeridos. Vías insuficientes, discontinuas, llenas de conductores sin cultura de respeto por las normas y por el prójimo, terminan de dar cuerpo al caos automovilístico, motivando a su vez temerarias iniciativas como la de embaular el río Albarregas para dar paso a una autopista. Otra vez el vehículo reinando por encima del peatón y de nuevo la ciudad de espaldas a su majestuoso paisaje. No se trata de no construir más vías, pero ya conocemos lo que la hegemonía del vehículo ha supuesto en

nuestras ciudades. Nada nuevo propongo cuando afirmo que antes que más calles para los vehículos particulares, debemos exigir que se concreten sistemas de transporte público eficientes que permitan descargar las vías existentes y racionalizar su uso.

Pobreza material y estilística, derivada de limitaciones y mezquindad de recursos, de un hacer improvisado, sin asesorías, de limitadas "experiencias" urbanas y, sin duda, de deficientes enseñanzas del oficio, lo cual nos incumbe de lleno. Cualquier calle de la ciudad es ejemplo de fealdad, de caos,

de pobreza visual.

¿Por qué no propiciar concursos, con la participación de profesionales y comunidades, para dotar a la ciudad de una mejor y más coherente imagen?

Tradicción mal entendida, según la cual la imagen de Mérida debe ser la de la ya desaparecida de los años veinte o treinta, de techos de tejas, de casas bajas, con frisos sobados y aspecto pueblerino. Nos empeñamos en disfrazar a la ciudad de pueblo viejo, impidiendo construir nuestros propios y actuales significados, en los que sin duda deben habitar aquéllos, sin que su adopción se constituya, como ya lo ha sido, en una suerte de burla o manoseo de referentes superficiales. Basta con ver el aeropuerto de Mérida, el mobiliario de plazas recientemente refaccionadas o ciertas paradas de autobús en la ciudad; un pintoresquismo incómodo. Y es que en este riesgoso falso histórico se han



**pobreza material y estilística,
derivada de limitaciones**



empeñado muchos, convencidos de que es la única identidad del merideño. Tejas, adobes, frisos sobados son sin duda elementos reconocidos y válidos, pero la identidad es mucho más que simples decoraciones.

Vivir la ciudad es interactuar con ella, recorrerla, experimentarla. El llamado es entonces a sensibilizarnos sobre lo que significa habitar la ciudad, y disponernos conscientemente a sentirla, a percibirla, y entonces, a construirla, sumando al estado receptivo de experimentar significados el más activo de dotarla de ellos con nuestro consciente "hacer urbano". Es urgente e impostergable que nos aboquemos a superar sus desarticulaciones, a entretejer sus tejidos inconexos, a poblar sus espacios desiertos, sus "no lugares"; a dar la cara a sus espacios naturales, a construir "lugares" espacios de relación más allá de los privados centros comerciales, a recuperar y multiplicar sus plazas, bulevares, caminerías; a recorrer la ciudad inundándola de significados; así, ella no nos resultará ajena, y dialogaremos con ella como ella con su paisaje, y nos sentiremos identificados y parte suya. Habitaremos la ciudad y adquiriremos, con justicia, el título de ciudadanos.



"un pintoresquismo incómodo"